

SANAR LA PALABRA

Selnich Vivas Hurtado

Dicen que la violencia y la muerte siguen habitando los hogares y las ensoñaciones de los creadores. Los eventos impactantes siguen taladrando la palabra. Hay existencias que definitivamente han debido padecer, angustiarse, caer, huir, matar y desear más que otras. También sanar. Hay algo sanador en esta invención de criaturas, en esta superación de distancias y encierros. De repente, nos entrometemos en la vida privada de cuerpos inexistentes y nos dejamos contagiar de sus olores, formas e impulsos. Son voces celebrantes que activan la memoria pasada y futura, que abren la dimensión de lo posible. Brota un erotismo libertario de sus ojos. Nos aparecemos en la fosa de Julián y resistimos a su lado. Agarramos la mano de la mujer que cae del puente y evitamos el final inesperado. Detenemos el golpe que asestará el brutal asesino sobre la cabeza del gato Blanco. En las historias ajenas nos reconocemos en lo que hemos sido y podremos ser. Allí su esperanza. Nos confronta la idea de tomar tal o cual decisión. Frente al desconocido, no sabemos si guardar silencio o gritar desesperadas, si contarle todo o guardar reserva. Si humillarlo o perdonarlo. En las historias ajenas está lo que deberíamos evitar para no ser el macho ansioso del cuerpo femenino o el amigo indiferente ante los misterios del hombre de la calle. Sus alas, sus traumas y sus tumbas nos conmueven por igual y nos confirman el carácter sanador del narrar. Si contáramos lo que nos han contado y lo que hemos vivido se nos haría más liviana la palabra amarga y la experiencia dolorosa. Se abriría una ventana y entraría la brisa del atardecer. Un signo de superación es la alegría de soltar lo que amordaza: un amor tóxico, una injusticia legitimada. Narrar el dolor, propio o ajeno, real o imaginado, nos sobrepone a cualquier forma de opresión. Aún la más familiar y amorosa debe ser abolida. El desdén en contra de los cuerpos distintos no puede alimentar la palabra del amanecer. Por algún lado deben volver los relatos antiguos y las historias inconclusas a darnos una mano para cambiar la ficción y la realidad, para darle un giro al horror del hogar patriarcal, de los estigmas y de las guerras enmascaradas. Los cuentos aquí compilados reclaman una versión no oficial de la vida privada. Son excusas para el reencuentro y el descubrimiento de regalos entrañables. A los imaginados y las imaginadoras nuestra gratitud por su irrupción.